

EN LA PEOR TRADICIÓN

Santos Juliá

Babelia, El País, 24 de agosto de 2002.

José María Marco, *Francisco Giner de los Ríos. Pedagogía y poder*. Barcelona, Península, 2002, 403 págs.

En plena guerra civil, los intelectuales católicos procedentes de Acción Española y de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas que se hicieron cargo de la Comisión de Educación y, luego, del Ministerio de Educación Nacional, se emplearon a fondo en el exterminio de todo lo relacionado con la Institución Libre de Enseñanza. Había que pasar por las armas a la señora Institución, decían, engendro procedente del virus elaborado por los químicos del mandil y del triángulo. Los institucionistas eran responsables, según Enrique Suñer, de crímenes, asesinatos, violaciones, crueldades, saqueos y destrucciones, y debían ser llevados a juicio, con la más santa de las violencias, para ejecutar en ellos las sanciones merecidas. "De la Institución Libre de Enseñanza, anti-Católica, anti-Española, no ha de quedar piedra sobre piedra", sentenciaba José Pemartín.

Los años sesenta trajeron otros aires y no faltaron historiadores católicos que emprendieran la tarea de revisar ese juicio sumario. Lo hicieron con seriedad y rigor y sus conclusiones no sólo se alejaron de los predecesores sino que restablecieron el lugar que en la historia cultural española corresponde a la Institución. Entre los "reformadores de la España contemporánea" los incluyó María Dolores Gómez Molleda, que los trató con las armas propias del investigador: solvencia en el manejo de fuentes y cautela para no hacerles nadar, con juicios anacrónicos, fuera de su agua. Artífices de la única moral colectiva, la moral de la ciencia, alumbrada en el Madrid de la Restauración, dijo de ellos Vicente Cacho Viu, quizá el que mejor ha comprendido y con más elegancia ha escrito sobre las generaciones de intelectuales de ese largo periodo.

Y ahora llega un profesor de la Universidad Pontificia de Comillas que, mostrando a cada paso una sorprendente ignorancia acerca de lo que se debatía en aquella sociedad, tira a la basura ese trabajo y, después de saquearlo en todo lo que puede, retorna a la peor tradición católico-integrista con algún agravante: el gusto morboso por el cotilleo, la insufrible propensión a dárselas de gracioso, y las babosas insinuaciones sobre el trato entre hombres y su vida en común. Marco no sólo repite hasta el cansancio el tópico de la enemiga anticatólica y el desprecio a lo español de los

institucionistas, sino que se solaza en presentar al grupo como una especie de secta de homosexuales que, engañando a todo el mundo, vive del Estado con el propósito de destruirlo.

El libro comienza con un capítulo dedicado a Julián Sanz del Río, introductor del krausismo en España. De él vendría todo el daño, de modo que si este señor resulta ser un hipócrita que se da la gran vida a costa del erario público y de las rentas de un tío canónigo ya se comprende todo lo demás. La canción es antigua y Marco no añade nada que no se supiera. Lo único que hace es repetir una y otra vez lo que ganaba don Julián, la escena de su rechazo del rectorado de la Universidad de Madrid, lo que de su escuela dijo Navarro Villoslada, y otras anécdotas por el estilo entre descubrimientos tan agudos como que el *Syllabus* de Pio IX no condenaba del liberalismo, que Francia destacó por alumbrar gentes sin carácter, o que Cossío quería contraer *matrimonio mixto* con una prima lejana.

No sólo las anécdotas sino las mismas categorías conceptuales, si así pudieran llamarse, que definen los fenómenos del krausismo y de la Institución proceden directamente de la más integrista tradición católica como viene también de ella el léxico para identificar a sus fundadores. Hasta en el uso de imágenes para caracterizar a Giner de los Ríos, fundador y alma de la Institución, es deudor Marco de Menéndez Pelayo que ya lo calificó hace 120 años de ninfa Egeria del gobierno, un hallazgo que Marco presenta como nacido de su propio ingenio. Ni que decir tiene que otro de los grandes hallazgos de su biografía, el "fantasma de afeminamiento" sentido por Giner como "una amenaza próxima, insinuante, casi tentadora", era un lugar común en los ataques del integrismo católico.

Es ciertamente penoso que, metidos ya en el siglo XXI, un profesor de una universidad pontificia, que copia a placer lo investigado por otros [compárese, por ejemplo, el relato de las relaciones de Cossío con López-Cortón, en págs. 294-296, con lo escrito por Eugenio M. Otero, *Manuel Bartolomé Cossío*, págs. 184-188], pueda haber sucumbido a la tentación de resucitar la peor tradición de los siglos XIX y XX. Sucumbe, sin embargo, y con idéntico propósito que el manifestado en 1938 por Teodoro Toni en la revista de la Compañía de Jesús, *Razón y Fe*: señalar en estos emboscados del laicismo, en su labor extranjerizante, en sus conexiones moscovitas, el origen y nervio de la revolución y de la República laica y atea y persecutoria y antiespañola. Como eco de aquellas acusaciones, Marco cierra su presunta biografía de Giner culpando a la Institución de haber transmitido a sus herederos del Partido Socialista la "voluntad radical y visionaria" que ha llevado a España a la perdición.

De modo que este panfleto concluye que todo lo que ha ido mal en la historia de España, desde la revolución de 1868 hasta la guerra civil, procede de esa desviación de la gran tradición católica española que fue el krausismo y la Institución Libre. Su autor alardea de innovador, pero no hace más que repetir aquella infamia que llevó al presidente de la ACN de P y fundador del Colegio Mayor San Pablo, Fernando Martín-Sánchez Juliá, a caracterizar a los institucionistas como "anacoretas del diablo que, entenebreciendo nuestras aulas, envenenaron la juventud" y a proclamar que "para que España vuelva a ser, es necesario que la Institución Libre de Enseñanza no sea". Decirlo, entonces, implicaba llevar a los relacionados de cerca o de lejos con la Institución, si no ante el pelotón de fusilamiento, al exilio o a la pérdida de la cátedra; Marco tiene que contentarse con perdonarles pedantemente la vida arrojándoles a la cabeza un libro deleznable: algo llevamos ganado.